

## El caos como un "orden". Críticas caribeñas a la modernidad trasatlántica

Chaos as an "Order". Caribbean Criticism to Transatlantic Modernity

**Claudio Maíz (CONICET - UNCuyo)**

### RESUMEN

Antonio Benítez Rojo recurre a la teoría de Caos para realizar una novedosa interpretación de algunos aspectos de la cultura del Caribe, como es el caso del mestizaje, uno de los ejes conceptuales, cuya eficacia explicativa, nuestro escritor ha puesto en dudas. Benítez Rojo es un crítico de la modernidad, pero para mayor precisión, de una “modernidad atlántica”. El proyecto de la modernidad es occidental y el Océano Atlántico su vía de comunicación con América. Sin embargo es posible extraer otras consecuencias de estas relaciones entre la cultura y sus desplazamientos. Existe un sistema de relaciones entre el océano Atlántico y el Caribe que da lugar a transformaciones de orden cultural que Benítez Rojo las percibe y detalla en su ensayo.

**Palabras clave:** ensayo, “modernidad atlántica”, cultura en movimiento.

### ABSTRACT

Antonio Benítez Rojo uses chaos theory to make a new interpretation of some aspects of Caribbean culture, as in the case of fusion, one of the conceptual axes, whose explanatory efficacy, our writer has put in doubt. Benítez Rojo is a critic of modernity, but more accurately, a “Atlantic modernity”. The project of modernity is Western and Atlantic Ocean route of communication with America. However, it is possible to draw other consequences of these relationships between culture and movement. There is a system of relations between the Atlantic Ocean and the Caribbean that leads to transformations of cultural order that Benítez Rojo perceives and describes in his essay.

**Keywords:** essay, “Atlantic modernity”, culture moving.

La ensayística latinoamericana describe una trayectoria que parte de principios totalizadores, concepciones panorámicas o relatos maestros, que revelan proyectos emanados de una inteligencia romántica e historicista, desde el siglo XIX. En ese horizonte epistemológico funciona una unidad indiferenciada entre la ciencia y la literatura, asignándole incluso un poder superior a ésta última como vía de conocimiento. En ese sentido, la obra de José Martí constituye la principal fuente de referencia, según la apreciación de Ángel Rama (Rama: XXXII). Se trata de los programas político-literarios propios de nuestra modernidad, que impregnan profusamente las búsquedas identitarias nacionales, la consolidación de una imaginación territorial marcada por la frontera y la diferencia, en fin, implanta una estructura binaria en el modo de comprender la cultura. La orientación romántica-historicista señalada todavía bien entrado el siglo XX no declina, pese a los cruces positivistas que se registran en el trayecto. Los ensayistas del novecientos son un buen ejemplo: Manuel Ugarte, Rufino Blanco Fombona, Francisco García Calderón, que, sin perder ciertas perspectivas positivistas, se dejan ganar por corrientes filosóficas como el espiritualismo, que da cierta continuidad a la línea antes señalada. Seguidamente, otra promoción de intelectuales del siglo XX, especialmente los entroncados con la tradición humanista (Henríquez Ureña, Vasconcelos, Reyes) elaboró un discurso más amplio que el académico, podría decirse incluso contrario a él, ya que el interés por los grandes problemas americanos condujo a estos escritores hacia visiones holísticas e integradoras de otros saberes (políticos, sociales, estéticos), preservando la línea hasta ahora descrita, aunque la perspectiva, el horizonte de miras supo tener atisbos supranacionales bien marcados, a pesar de los tonos occidentalistas.

Sin embargo, las premisas que aportó el posmodernismo a la crítica cultural latinoamericana vuelven sobre aquellas visiones y exploran ya no la totalidad, sino el fragmento, no la unidad indiferenciada de los saberes sino la porosidad e indeterminación de los mismos<sup>1</sup>. En qué medida los análisis que estos nuevos puntos de vista aportan a reformulaciones en lo que concierne a la noción de cultura, historia de los saberes, las esencializaciones identitarias, las territorializaciones es lo que nos proponemos averiguar en esta presentación. Nuestro interés está centrado en algunos resultados de dicha irrupción en el contexto del Caribe, como es el caso del ensayo de Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite* lo que no excluye que Benítez Rojo no sea situado en otros contextos contrastivos de autores y teorías. Por caso, entre Germán Arciniegas y Fernando Ortiz o entre

---

<sup>1</sup> La bibliografía sobre este punto es vasta. Beverley, J.; Oviedo, J.; Aronna, M. (eds.). *The postmodernism Debate in Latin America*, Duke University Press, Durham/London, 1995. García Canclini, N. (ed.). *Cultura y pospolítica. El debate sobre la modernidad en América Latina*, Grijalbo, México, 1995. Herlinghaus, H.; Walter, M. (eds.). *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural*, Langer Verlag, Berlín, 1994. Mendieta, E.; Lange-Churión, P. (eds.), *Latin America and Postmodernity. A Reader*, Humanities Press, New Jersey, 1997. Rincón, C. La no simultaneidad de lo simultáneo. *Postmodernidad, globalización y culturas en América Latina*, EUN, Bogotá, 1995.

Edourd Glissant e Iván de la Nuez, entre otras posibilidades que están fuera de los alcances de este trabajo. *La isla que se repite* lleva a cabo una radical crítica de los programas modernos, situándose de tal manera en el extremo opuesto de aquella trayectoria del ensayo latinoamericana indicada al comienzo.

Entre las impugnaciones del escritor cubano está el mestizaje como conjetura explicativa de la cultura caribeña, el binarismo moderno, la inmovilidad de los sistemas culturales y algo paradójico: el Atlántico como la conexión del capitalismo depredador. De esta última proposición se desprenden sus ideas, por un lado, sobre la "máquina extractiva" a la que fue sometido el Caribe y el resto de América Latina y por otro la Plantación como estructura de explotación caribeña ubicada en el centro de la esclavitud y la irrupción africana, las rebeliones, la existencia de los quilombos y un conjunto de hechos y tropos que se van incorporando forzosamente a la cultura del Caribe. Así pues, las denuncias realizadas deconstruyen una suposición errada, esto es, la preexistencia de equilibrios y estabildades, ya que estos supuestos son impropios del Caribe donde el caos es la condición étnica, política y lingüística que lo caracteriza. Desde la perspectiva indicada, entonces, el texto de Benítez Rojo constituye un importante punto de inflexión en el itinerario ensayístico latinoamericano, por el abandono de algunos de los fundamentos que sostuvieron buena parte de los textos del siglo XX.

Lo que intento es marcar en un ensayo determinado, como *La isla...* un cambio paradigmático. Para ello busco confrontar, a partir de una somera diacronía del ensayo, la manera como se han regulado ciertas interpretaciones de la cultura latinoamericana, que van de las miradas holísticas a las fragmentarias o de las esencializaciones a las fluctuaciones. Estos cambios críticos reelaboran los vínculos entre el ensayo y otros saberes. De un pacto, diríamos fuerte, entre ensayo y ciencia, basado en la confianza sobre las posibilidades de conocimiento que encerraba esta prosa (por eso el ejemplo de Martí, Henríquez Ureña o Alfonso Reyes y otros) se produce un deslizamiento hacia una desconfianza o lisa y llanamente un descrédito de verdades demasiado robustas en un ensayo como el Benítez Rojo. El recurso del cubano a la teoría de Caos propia de nuevos principios científicos es ya ilustrativo de las variaciones. Esta teoría ha impactado en las ciencias sociales y por ende también en ciertas nociones elaboradas en torno a la cultura caribeña, como es el caso del mestizaje, uno de los ejes conceptuales cuya eficacia ha sido puesta en dudas por Benítez Rojo<sup>2</sup>.

Ahora bien, hemos dicho que Benítez Rojo es crítico de la modernidad, pero la afirmación es tan sencilla nada más que en su enunciado,

---

2 Cfr. Balandier, Georges, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Barcelona, Gedisa, 2003; Prigogine, Ilya, *El fin de las certidumbres*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1996; Hayes, N. Katherine, *La evolución del caos. El orden dentro del desorden de las ciencias contemporáneas*, Barcelona, Gedisa, 1998; Calabrese, Omar, *La era neobarroca*, Madrid, Cátedra Signo e Imagen, 1987; Amara Rísquez, Fernando, "La incertidumbre y el caos en el ámbito epistémico contemporáneo", *Revista UNESR*, n. 5, 2004.

ya que merece que se introduzca una precisión con relación a la noción utilizada por el escritor cubano: se trata para nosotros de una “modernidad atlántica”. La noción puede parecer obvia por cuanto el proyecto de la modernidad es occidental y el Océano Atlántico su vía de comunicación con América. Es verdad. Pero es necesario realizar un esfuerzo por extraer otras posibles consecuencias de estas relaciones entre la cultura y sus desplazamientos. Nadie puede negar, como no lo hace Benítez Rojo, el valor relacional del océano Atlántico y el Caribe. Nuestro escritor se remonta a Tales de Mileto (filósofo griego del siglo V a. C.) para decirnos que “del agua es el principio de todas cosas” (Benítez Rojo, 1989: XX)<sup>3</sup>. En una reflexión sobre la historia universal, Carl Schmitt ya había subrayado la naturaleza terrestre del hombre, puesto que ese es su elemento natural: allí pisa y camina conforme a su estructura corporal. Esta condición física también incide en las “perspectivas, impresiones y manera de ver el mundo” (Schmitt). Sin embargo y aún con esta radical importancia de la tierra (el planeta que habitamos lleva ese nombre) casi tres cuartas partes son una superficie acuática y tan solo una de suelo firme. Para Schmitt mirado así el asunto las masas continentales no son sino islas en las enormes masas acuáticas. Con lo dicho queremos problematizar la prioridad que Tales de Mileto le concedió a uno de los cuatro elementos como origen de todas las cosas y por extensión a la adhesión de Benítez Rojo a este principio. Sin embargo, el mismo Schmitt admite que no todo puede verse dicotómicamente: así como existen pueblos “autóctonos” los hay “autothalásicos”. De ahí entonces la pertinencia de referirse a “Pueblos del Mar” con mayúsculas, tal como la hace Benítez Rojo, entre los que se encuentran los del Caribe ya que en sus palabras la mayor diferencia del Archipiélago no es “terrestre sino acuática” (XIV); y agrega: “El Caribe es el reino natural impredecible de las corrientes marinas, de las ondas, de los pliegues y repliegues, de la fluidez y las sinuosidades” (XIV).

Si enfatizamos la dimensión marítima como lo hace Benítez Rojo es por la histórica lucha entre tierra y mar que ha sido representada por las imágenes del oso y la ballena, metáforas que aluden a Rusia e Inglaterra durante la disputa por dominios espaciales durante el siglo XIX, respectivamente. De seguir estas simbólicas diferencias, es dable advertir las abismales distancias que uno u otro animal pueden recorrer y por tanto la capacidad conectora de cada uno. Los pueblos mediterráneos están más desabastecidos en ese sentido que los “Pueblos del Mar”, en razón de que sus componentes devienen de una especie de “viaje” marítimo, en el caso que nos ocupa: de significantes y significados a través del tiempo y el espacio. Como lo demuestra el magnífico ejemplo que analiza Benítez Rojo a propósito del culto a la Virgen de la Caridad del Cobre (XVI). De ahí que los “Pueblos del Mar” se repiten y se diferencian a un mismo tiempo. La magnitud de los alcances geográficos en los que se despliega el Océano

---

<sup>3</sup> A partir de ahora pondremos la página citada en el cuerpo principal de nuestro texto. Cabe agregar que existe una edición definitiva publicada por la Editorial Marta Fonolleda/Casiopea en Barcelona 1998 a la que no hemos tenido acceso.

Atlántico nos da una idea de la dimensión de las diferencias que atrae y repela a la vez. Veamos. En primer lugar considerar a Cuba a través de una dimensión trasatlántica supone poner de relieve por cierto una compleja red de conexiones producidas desde el punto de vista físico con claras incidencias culturales sobre los llamados "Pueblos del mar" Rápidamente, los mares lindantes del Atlántico son: el Mar Caribe ; el Mar Mediterráneo; el Golfo de México; el Mar de Noruega; el mar del Norte; el Mar Báltico, incluido el Kattegat; el Mar Negro; el Golfo de San Lorenzo; Canal de la Mancha; Mar de Azov; Golfo de Venezuela. Decenas de puertos de variadas dimensiones en contacto facilitan la circulación de todo tipo de bienes. De ello se desprende una red de tropismo diseminada a través de las corrientes marinas. Los sujetos como hacedores de ciertas praxis dejan lugar a las estelas traducidas en ideas, estilos, detalles:

(e)l Caribe desborda con creces su propio mar , y su última Tule puede hallarse a la vez en Cádiz o en Sevilla, en un suburbio de Bombay, en las bajas y rumorosas riberas del Gambia, en una fonda cantonesa hacia 1850, en un tempo de Bali, en un ennegrecido muelle de Bristol, en un molino de viento junto al Zuyder Zee, en una almacén de Burdeos en los tiempos de Colbert, en una discoteca de Manhattan y la *saudade* existencial de una vieja canción portuguesa (V).

A su vez el ensayo de Benítez Rojo confronta no solo con la modernidad entendida como la incorporación de valores, supuestamente, universales surgidos del siglo XVIII europeo, sino también con los saberes producidos durante el transcurso de ella misma.

Ocurre –escribe Benítez Rojo– que el mundo contemporáneo navega el Caribe con juicios y propósitos semejantes a los de Cristóbal Colón; esto es, desembarca ideólogos, tecnólogos, especialistas e inversionistas (los nuevos descubridores), que vienen con la intención de aplicar “acá” los métodos y los dogmas de “allá”, sin tomarse la molestia de sondear la profundidad socio-cultural del área (II).

La “modernidad atlántica” tiene desde luego al océano como medio de vinculación con América, siendo la vía ineludible del transporte, la economía, seres humanos y un abigarrado conjunto de contenidos culturales. Pero no es un Océano inocuo en ese sentido, suponiéndole una cierta prosopopeya no muy lejana a la que Braudel pensó para Mediterráneo. “Seamos realistas: el Atlántico –dice Benítez Rojo– es hoy el Atlántico (con todas sus ciudad portuarias) porque alguna fue producto de la cúpula de Europa /.../ con las costas del Caribe. Continúa Benítez Rojo:

El Atlántico es hoy el Atlántico –el ombligo del capitalismo porque –Europa en su laboratorio mercantilista, concibió el proyecto diseminar la matriz caribeña con la sangre de África: el Atlántico es hoy el Atlántico –NATO, World Bank, New York Stock Exchange, Mercado Común Europeo, etc.- porque fue e parto doloroso del Caribe, su vagina distendida

entre ganchos continentales, ente la encomiendo de indios y la plantación esclavista, entre la servidumbre del coolie y la discriminación del criollo, entre el monopolio comercial y la piratería, entre el palenque y el palacio del gobernador; toda Europa tirando de los ganchos para ayudar al parto del Atlántico/.../ Después del flujo de sangre /.../enseguida coser los colgajos y aplicar la tintura antiséptica de la historia/.../ (VII)

La condena a esa “tubería trasatlántica” como Benítez Rojo llama a la maquinaria extractiva española pertenece a la “retórica inculpadora” de la que el autor se quiere excusar y no poner en práctica en su lectura del Caribe. Sin embargo es ineludible ya que la historia del Atlántico es la de “los descubrimientos científicos” pero también la del “tráfico de seres humanos”. Su emergencia como escenario geopolítico incumbe a una perspectiva eurocéntrica y nororientada que dio margen para un entenderlo como un “Atlántico Blanco”, especialmente durante la guerra fría (Merediz, Gerassi-Navarro, 2009). Con todo, el escritor cubano al igual que Edward Said “escribe de manera que simultáneamente afirman y subvierten su propia autoridad”, como dice James Clifford del crítico palestino respecto de *Orientalismo*, “puesto que es cada vez más difícil mantener una posición cultural y política “fuera” de Occidente, desde la cual se lo pueda atacar sin riesgo” (Clifford, 2001: 26). Si el discurso medular de Benítez Rojo es la infinita interconexión no hay modo de ser “auténtico”: siempre se está atrapado entre culturas o implicado en otras (Clifford, 2001: 26). El espacio trasatlántico, quiérase o no, es “un *locus* de travesías, territorios, de un flujo multidireccional de seres humanos, de ideas y artefactos” (Merediz, 2009: 867).

La objeción que ha recibido la perspectiva posmoderna de Benítez Rojo ha sido la adopción de los enfoques de los teóricos del posmodernismo, venidos o de allende el Atlántico o provistos por la academia norteamericana, espacio en el que impartió clases y realizó sus investigaciones. Sin embargo en su favor se puede decir que el autor cubano procura deshacerse de dos elementos “teóricos” centrales: uno que tiene que ver con la supuesta “autenticidad” que debería tener su aparato crítico, cuando en realidad no hay modo de despejarlo en un mundo interconectado y la otra es cualquier pretensión céntrica con relación a la isla de Cuba. Consecuente con su posición está más atento al conjunto de islas que a una isla en particular. Otra observación en su haber ese el hecho de que si adopta el enfoque posmoderno, lo es nada más que para ahondar la dirección intensamente crítica de la “modernidad atlántica” como nosotros la hemos llamado, pero también valiéndose para ello de una serie de escritores latinoamericanos, entre otros Fernando Ortiz, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, entre otros. La multidireccionalidad de los entes culturales no son aprehensibles sencillamente mediante el “orden de las cosas” de las ciencias positivistas. Es imprescindible rebatir la cronología de una historia caribeña llevaba a cabo por intereses geopolíticos que sobrevienen del desarrollo capitalista. Un ejemplo de ello son los “estudios de área” que luego de la segunda guerra mundial promueven los Estados Unidos. La

historia “reparadora” del Caribe no deja nunca de “supurar” (el término es de Benítez Rojo). Son heridas que afloran en los momentos y espacios más impensados. Al decir de Chiampi con relación a Lezama Lima se trata de “Historiar, no los hechos, sino la imagen poética subyacente a los hechos” (Chiampi, 1985: 108). De ahí que en lugar de una historia como tal, el método de Benítez Rojo se aviene mejor a una transhistoria u orden trans-histórico, “lo que lo lleva a acercar entre sí los hechos, las obras, los conceptos, los referentes más increíblemente diferentes” (Moulin Civil, 2004: 364). Si la transversalidad le facilita la mirada más amplificada, nunca completa ni acabada, pero menos restrictiva que la del “orden moderno”, la transhistoricidad posmoderna le permite la simultaneidad de las “eras imaginarias” que van de los antiguos mitos pasando por el binarismo moderno hasta llegar al desorden posmoderno.

Pero el discurso posestructuralista se corresponde con el discurso posindustrial; ambos son discursos propios de la llamada posmodernidad. El discurso caribeño, en cambio, tiene mucho de premoderno; además, para colmo, se trata de un discurso contrapuntístico que visto a la caribeña parecería una rumba y visto a la europea el flujo perpetuo de una fuga del Barroco, donde las voces se encuentran sin encontrarse jamás (XXX).

Son en cierto modo dilemas similares a los planteados por críticos como Frederic Jameson y el posmodernismo como la derivación del “capitalismo tardío” o Ticio Escobar entre el precapitalismo y el posmodernismo o la modernidad en América Latina como un proyecto inconcluso en la línea habermaseana. Es así como Benítez Rojo efectuó una crítica a la “modernidad atlántica” también desde una mirada que no descarta otras instancias, como la premoderna. En efecto, los “Pueblos del Mar”, nos dice, poseen una máquina cultural con un código maestro que consiste en una “red de subcódigo que se conectan en las cosmogonías, a los bestiarios míticos, a la farmacopeas olvidadas, a los oráculos, a los rituales profundos, a las hagiografía milagrosas del Medioevo, a los misterios y alquimias de la antigüedad” (XXIII). La recuperación de una dimensión desmantelada pero no anulada de la cultura posee una enorme trascendencia, puesto que remite, dice Benítez Rojo, a una sabiduría “otra”, olvidada “en los cimientos del mundo posindustrial”. En el Caribe la modernidad y la posmodernidad como dinámicas cognitivas de “transparencia epistemológica” que no ha desplazado a “las borras y posos de los arcanos cosmogónicos, a las aspersiones de sangre propias del sacrificio” (XXIII). La coexistencia, la simultaneidad de ambas instancias de cognición es lo propio de los “Pueblos del mar”. La recuperación y la experiencia de esta sabiduría “otra” es una manera de conjurar la violencia o los excesos de ella. El carnaval resulta una manera de hacerlo como también una vía crítica del humanismo occidental.

## **Bibliografía**

Amarza Rísquez, Fernando (2004). "La incertidumbre y el caos en el ámbito epistémico contemporáneo", en *Revista UNESR*, n. 5.

Balandier, Georges (2003). *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*. Barcelona: Gedisa.

Benítez Rojo, Antonio (1989). *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte. (edición definitiva: Barcelona: Editorial Marta Fonolleda/Casiopea, 1998).

Beverly, J.; Oviedo, J.; Aronna, M. (eds.) (1995). *The postmodernism Debate in Latin America*. Duke University Press: Durham/London.

Calabrese, Omar (1987). *La era neobarroca*. Madrid: Cátedra Signo e Imagen.

Chiampi, Irlemar (1985). "La expresión americana de José Lezama Lima: La dificultad y el diabolismo del caníbal", en *Escritura* X.19-20.

Clifford, James (2001). *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Trad. Carlos Reynoso, Barcelona, Gedisa.

García Canclini, Néstor. (ed.) (1995). *Cultura y pospolítica. El debate sobre la modernidad en América Latina*, Grijalbo: México.

Hayes, N. Katherine (1998). *La evolución del caos. El orden dentro del desorden de las ciencias contemporáneas*, Barcelona: Gedisa.

Herlinghaus, H.; Walter, M. (eds.) (1994). *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural*. Berlín: Langer Verlag.

Merediz, Eyda, Nina Gerassi-Navarro (2009). "Introducción: confluencias de lo trasatlántico y lo latinoamericano", en *Revista Iberomerica*, n. 228, julio-setiembre, pp. 605-636.

Mendieta, E.; Lange-Churión, P. (eds.) (1997). *Latin America and Post-modernity. A Reader*. New Jersey: Humanities Press.

Merediz, Eyda M. (2009). "De *insulis* o más islas que se repiten: Canarias, Cuba y el atlántico hispano", en *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXV, n. 228, Julio-Septiembre.



*El caos como un "orden"*  
Claudio Maíz

Moulin Civil, Françoise (2004). "La cuestión del Caribe en *La isla que se repita* (1989-19998) de Antonio Benítez Rojo", en *Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, nro. Extra 5, (dossier "En torno a las Antillas hispanas").

Prigogine, Ilya (1996) *El fin de las certidumbres*, Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Rama, Ángel (1974). "José Martí en el eje de la modernización poética: Whitman, Lautrèmont, Rimbaud", en *NRFH*, n .XXXII.

Rincón, Carlos (1995). *La no simultaneidad de lo simultáneo. Postmodernidad, globalización y culturas en América Latina*. Bogotá: EUN.

Schmitt, Carl. *Tierra y Mar. Reflexiones sobre la historia universal*. Disponible en: [es.scribd.com/doc/7178068/Carl-Schmitt-Tierra-y-Mar](http://es.scribd.com/doc/7178068/Carl-Schmitt-Tierra-y-Mar) (Consultado 20-02-2013).